



LA GINEBRA ITALIANA



LA GINEBRA ITALIANA



A primera escursión á Torre-Pellice, me obligaron á hacerla los guardias civiles.

Un día, paseando por Pinerolo, ví un inmenso cartel de chillones colores, del Teatro Guignol, en el cual se hallaba escrito en grandes caracteres:

"Esta noche se representará: las hazañas y aventuras del famoso bandido Delpero de Canale, preso por el sargento segundo de guardia-civil Luis Gamalero, actualmente retirado en Torre-Pellice."

—¿Cómo?—dije para mí.—¿Vive todavía Gamalero? Pareciame que los actores del terrible drama de que fué protagonista Delpero y que terminó con seis ejecuciones capitales en la plaza mayor de la ciudad de Brá, debían estar todos

muerdos y convertidos en ceniza desde mucho tiempo. Me engañaba, porque no habían trascurrido más de veinticinco años; pero los sucesos acaecidos cuando somos muchachos, nos parecen casi siempre más alejados de la realidad, tal vez por efecto de la embriaguez de la primera juventud que estiende sus brumas sobre ellos.

Aquel cartel del teatro de pulichinelas atraía á mi memoria una de las más vivas conmociones de mis primeros años.

Se me representó el comedor de mi casa, mi familia en la mesa, la cocinera que traía á mi padre *La Gaceta del pueblo* acababa de llegar y después toda la escena.

Mi padre dió una ojeada sobre el papel y gritó: —¡Ah! ¡Por fin le han eogido!—Y nosotros todos prorrumpimos en exclamaciones de maravilla y gozo.

Luego callamos; permanecemos inmóviles oyendo atentamente la lectura de una correspondencia de Vigone en la cual se refería el arresto del asesino famoso, que hacía muchos meses aterrORIZABA el Piamonte; la aparición inesperada de los guardias civiles en la posada donde estaba comiendo con uno de los suyos, la lucha encarnizada, la resistencia furiosa del mónstruo, fuerte como un toro y ágil

como un tigre, las várias alternativas de aquella desesperada brega que nosotros seguíamos con el alma intranquila, casi anhelantes, como si el éxito permaneciera todavía incierto; y finalmente el prolongado y profundo suspiro dado por todos al escuchar aquellas benditas palabras: *se rindió*.

De los guardias, no sé por qué, solo se me había quedado impreso el nombre de Gamalero, y á menudo lo repetía en voz alta con gratitud.

Porque hubo un tiempo ¡por Baco! que nosotros, muchachos, haciendo escapatorias al campo, temblábamos de ver aparecer detrás de un matorral ó de la profundidad de un foso, al espantoso bandido y huíamos con la velocidad del viento ante la aparición de toda cara barbuda.

Ningun otro malhechor nos había jamás inspirado tanto terror y tanta repugnancia. Era porque Delpero no había mostrado jamás uno de esos raros é instantáneos sentimientos de honradez que pasan por el alma aun de los bandidos más tristemente efebres, una de aquellas cualidades, por ejemplo que habían hecho simpático, al famoso cazador Mottino. Era Delpero un asesino de veras, una fiera cruel y estúpida que mataba inútilmente, atormentaba antes de matar y se ensañaba con los cadáveres. Un degollador de muchachos, lleno de ter-

ribles lujurias, perverso y feroz hasta la médula de los huesos.

¡Lo habían capturado por fin! Mientras nosotros leíamos la noticia de su captura en Vigone, él había llegado ya á Pinerelo, y fué atado como un fardo en medio de un escuadron de caballería.

Volvíamos á respirar, podíamos volver á nuestras escapatorias campestres con el corazón tranquilo ..De todo esto me acordaba claramente leyendo el cartelón del teatrillo.

—¡Ah! ¡Vive todavía y está á dos pasos de aquí Gamalero! ¡Pues bien: iré á verle y le haré contar su hazaña entre dos botellas de Barolo viejo!

*
* * *

Tres días después, en efecto, una hermosa mañana dorada de Setiembre, me encontraba sobre el ferrocarril de Torre-Pellice, con dos buenos amigos pinerolese (dos editores, por no perder la costumbre). Ibamos contentos de volar otra vez á través de aquella vasta campiña tan verde y hermosa, cubierta de una red infinita de canales, acequias, caminos, sendas y filas de árboles y cerrado su horizonte por aquellas altas montañas de color celeste, tan plácidamente majestuosas.

Pero no había trascurrido media hora desde mi partida cuando había cambiado el objeto de mi expedición. Viajaban en mi vagón hombres maduros y viejos, de apariencia entre la clase acomodada y la clase media, que tenían algo de singular en la cara, en el continente. Hablaban francés; pero se comprendía que no eran franceses, aunque al mismo tiempo se comprendía que aque-

lla era su lengua habitual; eran italianos y encontraba en ellos no sé qué diverso de todos los demás italianos, en las líneas del rostro, en la expresión de sus ojos y la boca ¿qué sé yo? en la manera de accionar, en la entonación tranquila y grave de sus palabras.

La mayor parte de ellos iban afeitados, con pensativo aspecto, vestidos con trajes oscuros; llevaban sombreros bajos con anchas cintas y corbata negra: limpios, serios, sencillos.

Inspiráronme desde luego vivísima curiosidad: jamás había visto á nadie de su pueblo, porque es indudable que todos pertenecían á una gran familia. Por otra parte había oído hablar mucho de ellos hacía varios meses, porque su nombre se pronuncia á menudo en Pinerolo con sentimiento de simpatía y respeto, aun del pueblo bajo, en la imaginación del cual despiertan confusa idea de grandes dolores y de grandes glorias pasadas.

Había también visto en la biblioteca de Pinerolo notas suyas en los márgenes de ciertos libros de historia, en los cuales eran juzgados por el autor católico con palabras apasionadas é injuriosas; respuestas desdeñosas escritas con fuerza y á lápiz, exclamaciones irónicas y amargos repro-

ches que revelaban el alma ardiente de lectores jovencillos, ofendidos en su fé. Todo esto había hecho nacer en mí el deseo de conocerlos é interrogarlos.

Pero confieso que sabía muy poco de sus hechos. Durante muchos años, cuando niño, su nombre no había traído á mi mente otra imagen que el extraño emblema de su fé: una vela que arde en medio de una corona de estrellas con la leyenda, *Lux lucet in tenebris*; y el recuerdo de un hermoso cuadro de artista piemontés que representaba un grupo de hombres y mujeres huyendo de la persecución de los saboyanos y recogidos sobre la cima áspera de una montaña, pálidos de desmayo y de terror, bajo los sonrosados rayos de la aurora.

Poco tiempo después, en los años de nuestra revolución, la historia de sus hechos gloriosos contra el despotismo teocrático, me había llenado de afectuoso entusiasmo. Después lo había olvidado. Y ahora me encontraba, casi sin pensarlo, en medio de ellos, iba á entrar en su país, y, lo que no podía esperar, en su misma historia, en la que mi espíritu y mi corazón debían permanecer muchos meses como presas de admiración.

Al aparecer estos pensamientos, naturalmente,

el sargento Gamalero se retiró á segunda línea. No deseaba llegar á Torre Pellice m's que por ver la capital de aquel pueblo tan singular y admirable.

Mientras tanto hubiera querido trabar conversacion con alguno de los presentes; pero su continente no era en verdad para infundir valor.

Dos de ellos parecían absortos en sus propios pensamientos. Otros hablaban en voz baja de una *Scuola latina* que existe en la aldea de Pommarotto, á la embocadura del valle de San Martin. Uno, que parecía eclesiástico, leía un diminuto periódico religioso que se publica en Pinerolo, titulado *Le Temoin*.

La única persona á la que hubiera podido dirigir la palabra, era una señora de unos cuarenta años, sentada delante de mí, vestida de negro, palidísima y con un niño sobre las rodillas; una mujer hermosa que parecía afligida por reciente desventura, y miraba á las montañas; pero con aspecto que revelaba el alma, tan profundamente dolorida, tan fuerte, al mismo tiempo, contra el dolor presente y tan valientemente resuelta á afrontar los venideros, que el respeto arrojaba hácia adentro, todas las preguntas, aun las más discretas, que acudían á mis lábios.

Estuve, sin embargo, á punto de dirigirla una pregunta sobre el niño, con aquella timidez con que se dirige la palabra á un extranjero en país extraño, cuando el silbido de la locomotora anunció que habíamos llegado á Bricherasio...

*
*
*

Es un bello modelito de alegre ciudad campes-
tre, que saca la cuenta de sus rentas, tranquila-
mente recostada al pié de una colinita de jardín, coro-
nada por blanca y diminuta iglesia, en medio de una
bendición de frutales y viñedos, blanqueados por
las umbrellferas que dán hambre y sed de con-
templarlo.

—¡Qué bella cosa es la propiedad agrícola!—
hubiera exclamado Proudhon, asomándose á la
ventanilla.—¡Mejor, sin duda, que la propiedad
literaria!

Todo, en aquellos alrededores, respira aire de
abundancia y de vida holgada y contenta; el aire
de un país en que no solamente ahora, sino desde
tiempo inmemorial reina una paz envidiable, jamás
turbada sino por los tiros de los cazadores de co-
dornices...

Pero todo ello no es más que puro engaño de
aquel hermoso verde impostor que dá aspecto tan

inocente á todos los sitios. Donde ahora se le-
vanta la blanca iglesia, existió siglos atrás un cas-
tillejo; alrededor de la graciosa ciudad extendíase
rudo cinturón de torreones; y, desde el tiempo en
que se abrian la cabeza á golpes de maza las sol-
dadescas de los feudatarios, hasta el día en que el
Marqués de Parella, vengóse de la carnicería de
Cavour, acuchillando á la guarnición francesa ve-
nida de Pinerolo, ha corrido por aquí sangre so-
bre sangre y se han amontonado huesos sobre
huesos.

El camino de hierro pasa á la izquierda de
la altura donde plantó su cuartel general Carlos
Manuel I, en 1564, cuando estrechó el asedio de
Bricherassio, defendido por franceses con aquel su
poderoso y extraño ejército compuesto de pia-
monteses y suizos, borgoñones, españoles, milaneses
y milicias de Pinerolo y de Barge acampados
en los alrededores á lo largo del Chiamona y
del Pellice.

El campamento del Duque ocupaba el espacio,
cubierto ahora de espléndido viñedo: formaba como
un pequeño castillo de tela y madera compuesto de
altos pabellones cónicos unidos, con una plazoleta
en medio, y á su lado se alzaban, de una parte
las tiendas del Conde de Marino y de Don Ama-

deo de Saboya, y de otras innumerables tiendas y pabellones blancos, amarillos ó encarnados, barracas coronadas por banderas, una guerrera ciudad improvisada, donde estaban la corte, la nobleza, multitud de altos oficiales del Piamonte y España y al extremo opuesto Pedro de Padilla, general del ejército de Felipe II.

El espectáculo debía ser animado y espléndido, si se piensa en quien era el Director de escena.

Ahora, en el sitio en que se levantaban los pabellones ducales, sobre aquel mismo espacio de terreno donde paseaba á pasos precipitados en las noches de insomnio aquel gran capitán afortunado, extendiendo con el pensamiento los tentáculos desmesurados de su ambición desde Macedonia á la Provenza, desde el trono del Papa al trono de Bohemia, desde la corona de España á la corona de Francia, meditando las vastas cábalas, las intrigas astutas y los golpes de audacia que maravillaban á Europa, en aquel breve espacio cuadrado donde entretenía con su conversacion rápida y chispeante á los generales de los dos ejércitos, y hablaba de adquisiciones de cuadros de Vosari y del Veronés, y hacía poesías y soñaba en la gloria inmortal, impotente casi para contener en su pequeño cuerpo defectuoso la lucha tumultuosa de

las pasiones; en aquel mismo punto el vendimiador, ávido y astuto, tanto como el Príncipe saboyano, pero algo más cáuto, discurre ahora la manera de hacer á su amo lo que el Príncipe hubiera querido hacer á Europa, y cuenta con los dedos los miriágramos de uva y los azumbres de vino que podrá sustraer honestamente, completamente ignorante de las glorias históricas de su viña y hasta del nombre de Carlos Manuel. De esta manera, con la ignorancia, el campesino se venga de los gloriosos devastadores de la campiña.

Porque la hicieron buena, entre asediados y asediados, á juzgar por un dibujo de aquel tiempo, hecho en el lugar de Baracca y grabado por Fornasero, en *Turin*. Es un cuadro curioso que representa admirablemente el castillo, los torreones de Bricherasio y la campiña vecina, en el trigésimo sétimo día del asedio y en el momento del último asalto. Los asediados están sobre las murallas; grandes masas de caballería española y piamontesa ondean alrededor, á lo largo de los campamentos y trincheras; todas las baterías, de largos cañones, hacen fuego: las barracas de los cantineros, una pequeña ciudad colocada sobre la rivera del Chiamona, humean aprestando el festín de la victoria;

por todas partes del campo caracolean y galopan oficiales y guardias civiles; todo se agita, tiembla se anima, avanza; ya dos columnas de españoles y una de piemonteses y borgoñones, han pasado el circuito por tres lados, salvado el foso é invadido las brechas; una de aquellas está ya dentro de los muros; los defensores resisten todavía, pero vacilan; los gritos de *Viva el Rey* y *Viva el Duque*, llegan al oído de los trémulos ciudadanos en sus casas; unos pocos instantes y los tres torrentes humanos, destruida la última resistencia, invadirán las calles gritando:—*¡La ciudad es nuestra! ¡Souma sil! ¡Abajo las armas! ¡Viva Bricheras! ¡Doerve le portel!* y acudirán tumultuosamente hácia la plaza.

....En la cual encontrarán la estatua del general Brignone, el bravo soldado de Palestro, de pié, allí, en medio de su querido país natal, en aquella actitud austera y casi dolorosa, en que lo vieron en el camino de Villafranca, el día de la batalla de Custoza, durante la retirada muda y lenta de sus granaderos.

*
* *
*

Pasado Bricherario, se abre con graciosa magestad el hermoso valle del Pellice, á cuyos estremos se levanta el Vandalino, triste y magnífico, la Gran Aguja, los montes de Angrogná y el Frioland, una maravillosa variedad de cimas cenicientas que se levantan junto á las verdes alturas, otras cimas azules que se levantan sobre estas, é infinidad de puntos blancos que se destacan sobre lo azul, hasta el confin de Francia.

Y alrededor, desde la rivera del torrente bordada de álamos, hasta la falda cubierta de moras y árboles frutales, viñedos sobre viñedos, campos rubios sobre otros, divididos por manchas de castaños y bosques de pinos y de altísimas hayas, quintas, vaquerías, hermitas, cabañas en todas las eminencias como en las cercanías de una ciudad grande. Y como dominando toda aquella belleza, una tranquilidad profunda.

Sobre la cima de hermosa colina, á un lado

del camino de hierro, se levanta en medio de los castaños, el severo castillo de Bibiana; al otro brillan á los rayos del sol los techos de San Juan; en frente, sobresale de los bosquecillos del Pelice el blanco campanario de Lucerna.

En tanto corre el tren en medio de pequeños y elegantes palacios, jardines floridos, grandes montones y anchísimas filas de sillares arrancadas de los montes vecinos, entre el martilleo sonoro de los picapedreros que se extiende por el campo, como coro de voces argentinas. Los valles se estrechan, los montes se levantan, la campiña.... Un momento.

No se pasa por aquí como se pasa por cualquier otra garganta de los montes.

Conviene detener por un instante el pensamiento en este paso.

Vamos á entrar, hemos entrado ya en una región famosa y llena de gloria, en una pequeña Suiza italiana que tiene allí cerca, en Torre-Pellice, su Ginebra, en medio de un pueblo extraño, que forma como una nación aparte en el seno de nuestra nación, recogido casi todo y acampado en vasta fortaleza cuadrilátera de montañas cubiertas de despeñaderos y de bosques, comprendida entre el alto valle dal Pó, el de Sussa y la frontera del Delfinado.

Este pueblo tiene una historia propia cuyo origen se pierde en la oscuridad de la Edad Media, una fé, una literatura, un dialecto, una particular organización religioso-democrática que pertenece á él solo, una asamblea libre que trata y decide sus más delicados intereses, é instituciones especiales fundadas en parte y sostenidas por la liberalidad de gentes de todas naciones.

No ocupa, y aun escasamente, sino tres valles, de los cuales uno es pequeñísimo, y ocho vallecillos; y tiene correspondencia y estaciones en todas partes de Italia, colonias en Alemania y América y obtiene amistades de pueblos y príncipes, hospeda visitantes reverentes y cariñosos de todos países y envía soldados y misioneros de su fé á todos los continentes.

Entre habitantes del llano y montañeses, no fueron nunca más, ó muchos más, de veinte mil, divididos en quince parroquias; sin embargo, adquirieron la importancia y la fuerza de un gran pueblo; tuvieron sus ejércitos, sus generales, sus héroes y sus mártires; trataron muchas veces de igual á igual con el Estado cien veces mayor á que pertenecían; sostuvieron treinta guerras, bien con el Piamonte, bien con Francia, más de una vez con los dos Estados reunidos y man-

tuvieron firmes casi un año contra la pujanza de Luis XIV.

Como el pueblo musulmán, sostuvieron choques de cruzadas fanáticas, fueron arrancados todos de sus tierras como el pueblo hebreo y reconquistaron la patria como el pueblo ibérico.

Dispersados, muertos, destruidos casi todos como raza infestada de la que se quisiera librar á la tierra, volvieron á reproducirse más numerosos y más obstinados. Por fin detuvieron con invicta constancia á los opresores, se hicieron invocar por ellos en el peligro, combatieron valerosamente por la causa común, arrancaron á los enemigos seculares la admiración y la gratitud y les obligaron á darles libertad, por la que luchaban hacía siglos, á avergonzarse del pasado y á celebrar aquella concesión como un bien y una gloria de todos.

Y, no obstante las mil persecuciones, guerras despiadadas y largos destierros, que hubieran debido romper á su alrededor todos los lazos y sofocar en su alma todo afecto que no fuera el amor á sus montañas y el orgullo de su historia propia, mantuvieron siempre italianos de corazón, y como pertenecieron al viejo Piamonte, forman todavía una de las provincias más noblemente patrióticas de la nueva Italia.

¡Honor, pues, á los valdenses!

Hé allí Ginebra... Quiero decir, Torre-Pellice.

Fijémonos un poco en este ilustre pedacito de capital.



Bajamos en la estacion y salimos á la plaza...

¿Dónde estamos? ¿En Italia ó en una ciudad de paso entre Suiza y el Rin?

Estaba llena de gente. Los dos amigos me dieron la explicacion. Era la temporada en que vienen á pasar las vacaciones con sus familias, la infinidad de valdenses que ejercen la enseñanza en casi todas partes de Europa, pero especialmente en Holanda é Inglaterra.

Eran tambien los dias en que se reune en Torre-Pellice el Sínodo anual en que intervienen—en señal de simpatía por el *pueblo de los mártires*—representantes de todas las iglesias evangélicas del mundo: especie de reducido concilio ecuménico, parlamento eclesiástico, compuesto, sin embargo, de eclesiásticos y seglares, en partes casi iguales, que trata todas las cuestiones relativas á leyes y reglamentos que rigen la iglesia valdense y sus instituciones de beneficencia y de instruccion.

Llegaba mucha gente y aguardaba tambien mucha. Era una confusion de maestros, de institutrices, de institutores, de familias; un cambiar apretones de manos y abrazos, un murmullo continuo de saludos, en francés, en inglés y en alemán. Porque no son pocos los alemanes é ingleses que pasan allí la estacion calurosa.

Había tambien valdenses venidos de las misionese de varias provincias de Italia, de Venecia, Roma, Nápoles; algunos personajes del Sínodo, pastores, evangelistas laicos, profesores, ministros y ancianos y diáconos de todos los valles, casi todos con el mismo aspecto de austeridad benévola, vestidos de negro, con sombreros anchos y derechos, con caras afeitadas y plácidas, arreglados sin afectacion y como serenamente pensativos.

Aparecian tambien, aquí y allá eclesiásticos extranjeros, caras rubicundas, rostros ascéticos, de aspecto de otros países; ministros protestantes de los Estados-Unidos, tal vez, ó de Australia; un pastor de Livonia, segun se decía, y miembros de la iglesia reformada del Cabo de Buena Esperanza.

Era un espectáculo curioso ver en aquella ciudad oculta entre montes, toda aquella gente tan diferen-

te de aspecto, maneras y lenguaje de la que se vé en los países vecinos.

Parecía encontrarse uno en medio de esas grandes caravanas de viajeros recogidas por los empresarios de viajes internacionales, las cuales no hubiera bajado en Torre-Pellice sino para cenar, y debiese volver á tomar el camino despues de pocos minutos, para repasar los Alpes y desparrarmarse por Europa.

Todos se habian puesto en camino hácia la poblacion, á paso lento, conversando tranquilamente: y entre las tejas lucientes y los grandes sombreros patriarcales de fieltro negro, veíanse despuntar blancas cofias de campesinas valdenses, largas plumas de soldados de la compañía alpina, velos azúles de señoras, y señores armados con altos bastones, reunidos en grupos que se llamaban en piamontés y en italiano. Porque Torre-Pellice es el cuartel general de los alpinistas de aquella seccion de los Alpes y el hermoso cuadro, presentaba á un lado, sobre la márgen de vasto prado, la indispensable mancha de un pareja de guardias civiles, inmóviles, que parecian destacados allí, para detener en sus justos límites la libertad de conciencia.

Pintoresco cuadro, en verdad, mezcla extraña de gravedad y alegría, de académico y campestre, de

indígena y exótico, en medio de aquellas altas montañas, en el confin de Italia, entre la verdura inmensa y tranquila de uno de los más graciosos valles de los Alpes.



Enfilamos la calle principal, pasando por delante de una fuente pública que hizo erigir el Rey Carlos Alberto; en señal de gratitud por la afectuosa acogida que le dispensaron los valdenses en 1844. El pueblo, estrecho y larguísimo, está limpio y aseado, que parece edificado recientemente. Tiene todas las apariencias de un pueblo suizo. Las casitas pintadas de colores frescos, los sauces llorones que suspenden sus caídas ramas por encima de las tapias bajas de los jardines, las blancas torrecillas de las iglesias evangélicas que se destacan de la oscura vegetación de los montes y las frondosas parras que forman verdes tiendas ante las fachadas de las casas azules ó encarnadas, le dan singular gracia, un poco descompuesta por grandes caserones desnudos y amarillos, destinados á distintas manufacturas, fábricas de tejidos la mayor parte, que llenan el valle de sordo y cansado murmullo.

No tiene más que cuatro mil habitantes, mitad de

los cuales aproximadamente, católicos, y casi todos obreros. Pero el carácter general de la pequeña ciudad es marcadamente valdense. Tiene aquella limpieza, aquel aire de sencillez ingénua, que se encuentra en las conversaciones de los pastores en los valles.

Aquellas inscripciones, insólitas en nuestros pueblos, como *Círculo literario*, *Sala de conferencias*, *Escuela normal*, *Colegio-pension*, que realzan á los habitantes en la estima de los visitantes, parece que ennoblecen, en cierto modo, aun el aspecto material de la población y añaden á su encanto algo de orihinal.

Los vidrios de las ventanas, tersos; las tiendecillas, aunque míseras, limpias y ordenadas; y no sé qué apariencia de orden en todas cosas, me recordó ciertas aldeas de Frisia y de Groninga.

Las estrechas calles estaban animadas; veíanse muchas toquillas blancas; pasaban señores con balandranes oscuros, rostros de profesores que leían sus periodiquillos locales *Le Femoin* ó *El Avisador Alpino*, según creo; grupos de niños con el libro bajo el brazo, salían de las escuelas, vestidos como gente pobre, pero sin andrajos.

No observé nada diferente en el aspecto de la gente del pueblo y de los campesinos, del tipo

comun piamontés; pero sé que los naturalistas están estudiando si existen realmente en la familia valdense ciertos particulares caracteres físicos por efecto del número grandísimo de matrimonios entre consanguíneos que desde hace siglos se celebran: ellos nos darán alguna luz.

Nosotros, en una breve vuelta, encontramos algunos muchachos bellísimos, semejantes á los que creía encontrar entre los herejes el Duque Carlos II, con un ojo en medio de la frente y seis filas de dientes velludos.

Encontramos tambien una señorita valdense, alta y elegante, una mujercita de Michetti, agigantada, que hubiera hecho caer la bula de la excomunion de la mano de Torquemada. Y esta fué la única vista que turbó por un momento, para nosotros, la serena quietud de Torre-Pellice.

Había por todas partes actividad tranquila y como buen olor de vida ordenada y recogida; la apariencia de un pueblo en que jamás se hubiese cometido un delito ni ocurrido un tumulto ó una desventura pública y donde la Guardia civil estuviese descansando....

A propósito: el paseo por los alrededores lo reservamos para más tarde; nuestra primer visita fué para el sargento Gamalero.

*
*
*

Preguntamos por él en la posada: ¡nos dijeron que hacía de mozo de una botillería!

Fuimos á la botillería: había tres hombres sentados ante una mesa, en una reducida habitacion, en medio de un grupo de niños.

Dije de pronto:

—Debe ser aquel de allá.—No podía equivocarme. El mismo nos trajo el Vermut.

Era verdaderamente una figura de guardia civil piamontés de la antigua estampa: alto, fornido, de aspecto grave, casi taciturno, con ojos escrutadores y bigote gris. Estaba cerca de los 70; pero demostraba diez ménos; á primer golpe de vista se comprendía que debía haber tenido fuerza hercúlea y que, á la vejez, la conservaba casi toda.

Le preguntamos si quería venir á la Posada del Oso, á beber un vaso con nosotros y á contarnos la famosa prision. Contestó que sí, sin más ni ménos como si fuese cosa ya convenida, y tuvo de

pronto una salida como de viejo guardia civil, habituado á las formalidades del servicio.

—Me fastidia, sin embargo—dijo,—no acordarme del nombre de pila de Delpero.

Yo lo sabía, Francisco; y áun el apodo, *Neron*. lo había visto en sueños más de una vez escritos sobre la pared en caracteres encarnados.

Quedamos maravillados de su voz: voz profunda, poderosa, un poco trémula, la cual, en sus buenos tiempos debía gritar el *¡Alto allá!* de modo que haría erizar la piel de los caballos.

Dos horas después, estaba sentado á la mesa con nosotros y nos contaba modestamente su vida; hijo de un sombrerero de Alejandría, soldado en la brigada de Aosta desde 1835 á 1841, después guardia-civil, promovido á sargento segundo, no sé qué año, después de una peligrosa captura hecha en Torre-Pellice y los servicios prestados durante el cólera en Villafranca. En tiempo de Delpero, estaba de punto en Vigone.

El bandido era buscado furiosamente por todas partes hacía alguno meses. Ultimamente había todavía matado á traición á dos guardias civiles, de noche, en el camino de Pollenzo, y pretendía asesinar al delegado de seguridad pública de Pinerolo, cierto Francia, al cual había ya dado, años atrás una puña-

lada mortal, por la que le mandaron á presidio, del que se había escapado matando á un centinela.

Gamalero hacía continuas pesquisas, fatigosas é inútiles en los bosques de Vigone, en dónde se creía que Delpero se guarecía con su cuadrilla. Una noche que volvía medio muerto de una de sus correrías, le dijeron que el sargento primero, salido poco antes del cuartel, le buscaba. Corrió á la posada del *Oso marino*, donde le parecía probable encontrarlo. Allí estaba, en efecto con otro guardia civil; le había mandado llamar la posadera, porque habían llegado á su establecimiento dos *malas caras*.

Gamalero entró en la sala grande. A izquierda de la puerta de entrada y al extremo de una larga mesa, había dos huéspedes sospechosos, sentados uno frente á otro, que habían suspendido la cena. El sargento, de pié delante de ellos, con un guardia-civil raquítico y algo tonto al lado les interrogaba. Un poco separado, en otra mesa, estaba cenando otro huésped corpulento, negociante en bueyes, que observaba con curiosidad aquella escena.

—Así que entré,— nos dijo Gamalero— apenas ví la cara del que estaba sentado frente á la puerta, dije de pronto para mí:— Aquél es Delpero.— Era un jóven de unos veintiseis años, de alta estatura, con el cabello y la barba negros y pálido como unmuerto.

Gamalero fué á colocarse á su espalda, muy junto á él, sin respirar; el sargento le hizo una seña que quería decir:—Ojo á las manos del amigo.

Proseguía en tanto el interrogatorio. Obligados á exhibir las cédulas, les habían presentado un pasaporte y un certificado, patentemente falsos: las señas no correspondían y las firmas eran todas de la misma mano. Uno de ellos se hacía pasar por mercader de legumbres, el otro por comerciante en vinos.

El sargento les cercaba con preguntas, observando mientras tanto que un bolsillo del chaqueton del más alto presentaba singular relieve.

—Dadme de nuevo el pasaporte — le dijo, — y levantaos para que reconozca otra vez la estatura.

—¡Tomal— gritó entonces Delpero, sacando con rapidez fulmínea la pistola y dirigiéndola al pecho del sargento.

Pero en aquel mismo instante Gamalero le descargaba un formidable puñetazo en la cara, que lo arrojó al suelo. El sargento y el guardia-civil se arrojaron sobre el caído; Gamalero saltó sobre el otro, lo cogió por el cuello y lo llevó arrastrando á través de la habitacion...

Aquí fué preciso reir por fuerza, viendo á Gamalero, que interrumpiéndose, remedó sin reirse, la prodigiosa rapidez, la velocidad sobrehumana con

que el grueso negociante de bueyes, no huvó, sino más bien voló, desapareciendo por la ventana al ver mal parada la partida...

La lucha fué terrible. Delpero, armado de otras dos pistolas y un cuchillo, luchaba por salvarse de la horca, la desesperacion le daba formidable fuerza, la rábia le había convertido en fiera; se retorció, rugía, golpeaba, rodaba por el pavimento, abrazado á los dos guardias civiles, entre los bancos derribados y los manteles despedazados, pisando y mordiendo, haciendo esfuerzos de condenado por apoderarse de las otras armas.

Gamalero quería correr en ayuda de sus dos compañeros, pero no atreviéndose á abandonar á su prisionero le iba oprimiendo la corbata, ó aflojándosela un poco cuando le veía ahogarse; dábale un poco de aliento de vez en cuando, por decirlo con sus mismas palabras, lo extrictamente necesario para vivir, como se hace con la llave de un mechero de gas que no se quiere apagar ni dejar encendido.

El momento era terrible. Era de temer que el resto de la cuadrilla estuviera apostada por allí cerca: si acudían, todo estaba perdido. Una persona apareció en la puerta; creyósele un bandido desapareció en seguida: era un hermano medio tonto del posadero.